

Un rascacielos inusualmente alto y delicadamente construido: una lectura breve de *La escalera de Bramante* de Leonardo Valencia

Jorge Andrés Bayas

Universidad San Francisco de Quito

jorgebayas70@gmail.com

Recibido: 01 de noviembre de 2020 / Aprobado: 08 de diciembre de 2020

Resumen

Este ensayo propone una breve lectura de *La escalera de Bramante*, de Leonardo Valencia, una novela que ha deslumbrado a muchos lectores por su ambición y por su condición de delicado objeto artístico que funde distintos planos temporales y géneros literarios en un sólido relato de proporciones monumentales. La propuesta narrativa de Valencia se encuentra en la línea de las grandes novelas latinoamericanas, como *Conversación en la catedral* o *2666*, y absorbe algunos personajes y preocupaciones que ya había deslizado en su mundo narrativo, para erigir una ficción sólida y profundamente simbólica. El autor ha elaborado un relato potente que trasciende las reflexiones ensayísticas, de las que, no obstante, está suficientemente provisto, y sale victorioso en la elaboración de una galería de personajes inolvidables que se internan por un camino sinuoso, marcado por el paso del tiempo, la decadencia física y las continuas dificultades que abundan en la creación artística.

Palabras clave: ambición, novela, personajes, creación artística, Leonardo Valencia.

Abstract

This essay proposes a brief reading of Leonardo Valencia's book *La escalera de Bramante*, a novel that has dazzled many readers due to its ambition and its nature of a delicate artistic object that fuses different time frames and literary genres in a solid and monumental story. Valencia's narrative proposal follows the line of the huge Latin-American novels like *Conversación en la Catedral* or *2666* and assimilates some characters and interests he had previously explored throughout his narrative universe in order to build a solid and deeply symbolic fiction. The author has made a powerful story that transcends essayistic thinking, which however is present there, and it succeeds in the creation of a group of unforgettable characters that walk through a sinuous path characterized for the passing of time, physical decline, and lingering difficulties common to artistic creation.

Keywords: ambition, novel, characters, artistic creation, Leonardo Valencia.

Más de diez años tuvieron que pasar para que el talento de Leonardo Valencia nos brinde otra novela, el género en que su escritura ha alcanzado sus más altos vuelos —más allá de algunos destellos presentes en los cuentos muy pulidos de *La luna nómada* que, como sabemos, sigue creciendo al pasar los años, o el poder sugestivo y polémico de los ensayos de *El síndrome de Falcón*—, y a cuyo estudio ha dedicado más páginas, en un libro tan accesible, interesante y provocador como *Moneda al aire*. Ese considerable espacio de silencio, solo interrumpido por muchos, y muy lúcidos, artículos de prensa, invitaba a pensar en la gestación secreta de una obra de proporciones monumentales, lo que ciertamente contradecía las intenciones originales del autor¹ de hacer una serie de cinco novelas cercanas a su *Kazbek*.

Como ha ocurrido muchas otras veces en la historia de la literatura —nada más hay que pensar en el Dostoievski de *Crimen y castigo*, novela que, según el escritor argentino Ernesto Sábato, en principio iba camino a ser un «folleto didáctico» sobre el alcoholismo²—, un proyecto que parecía transcurrir dentro del reducido número de páginas que suele perpetuar las novelas cortas acabó por convertirse en una novela gigantesca. Las 617 páginas de *La escalera de Bramante* —en su primera edición, publicada por Seix Barral— presentan un complejo recorrido que sobrepasa los rasgos más decidores de las novelas inmediatamente anteriores del autor. La intención primaria de éstas era la de lograr la palabra precisa e incursionar, a veces, en un estilo de vuelos poéticos, cercano al apotegma. Lo último fue algo que vimos especialmente en los fragmentos apócrifos de *El libro flotante* y, en menor medida, en el más suave estilísticamente *Kazbek*, sus creaciones estilísticamente más cercanas en recursos y rasgos diferenciales, en las que la reflexión sobre el proceso escritural era una constante, y no tanto en *El desterrado*, una novela elegante y cuidada que más parecía apelar, como bien dijo el crítico mexicano Christopher Domínguez Michael, a «la forma artística» que a «la disertación profética».³ Ciertamente, *El desterrado*, con sus laberínticas descripciones, su lento discurrir, su énfasis en la narración por encima del discurso ensayístico —más allá de las peroratas profesoras del «viejo elefante» Nebbiolo Bentornato, que pueden encontrarse en el primer capítulo de la novela, o de las alusiones a la historia o el arte italiano, que están presentes en algunos capítulos— y su renuncia a la elaboración de frases de corte aforístico —con excepción de uno que otro tributo sutil a Roberto Juarroz, como «El centro era de nuevo un vacío»—,⁴ parece apelar más a lo inquietante que se encuentra soterrado

1 «Kazbek, la nueva novela del escritor Leonardo Valencia», *El Universo*, 12 de enero de 2009.

2 Ernesto Sábato, *El escritor y sus fantasmas*. Obtenido de: https://www.academia.edu/32410853/Ernesto_Sabato_El_escritor_y_sus_fantasmas

3 Christopher Domínguez Michael, «El desterrado, de Leonardo Valencia», *Letras Libres*, 31 de diciembre del 2000.

4 Leonardo Valencia, *El desterrado*, Bogotá, Punto de lectura, 2013, p. 135.

en la trama y la atmósfera del relato que a alguna exhibición intelectual más evidente, como sí sucede en la más reciente creación del escritor ecuatoriano.

Y no podemos olvidarnos de la extensión. Antes de la publicación de *La escalera de Bramante*, el universo narrativo de Valencia —dependiendo, eso sí, de las ediciones que manejemos— llegaba con dificultad a las 1000 páginas. Lo que habla de dos cosas: en primer lugar, del tesón y la paciencia con que el narrador construye su obra; y en segundo, de lo que *La escalera de Bramante* aporta a su proyecto narrativo. Es, de algún modo, una empresa arriesgada, la búsqueda de una cima, de la llamada novela total que, en palabras del escritor colombiano Pablo Montoya, «intenta parecerse al tiempo, a la vida, a la muerte».⁵

Pero si Valencia se ha extraviado, al menos en lo tocante a la ambición narrativa, por senderos que no contempló al inicio de su nuevo proyecto, no lo ha hecho tanto en lo que respecta a dar una serie de pasos adicionales respecto a *Kazbek*. *La escalera de Bramante* se nos presenta, pues, como una continuación, como la pieza faltante que inaugura la creación de un universo narrativo que, parafraseando a Vargas Llosa, absorbe las creaciones narrativas anteriores y las incorpora a un todo más grande. Este recurso puede encontrarse en autores tan dispares como Zola, Onetti, García Márquez y, en nuestro país, Javier Vásconez o Mónica Ojeda.

En *La escalera de Bramante* volvemos a toparnos con Kazbek, el aprendiz de escritor que vertebraba las páginas de la novela del mismo nombre. También volvemos a dar con el señor Peer, el artista sabio que guía los pasos de su inteligente discípulo, pero cuya figura en *La escalera de Bramante* es ampliada al retrotraernos a su juventud. O Dacal, cuya aparición en la novela más reciente es más bien anecdótica. El efecto más inmediato de tal recurso es claro. Al reencontrarnos con los personajes anteriores del universo de Valencia, nos es posible leer la novela con un respiro de familiaridad. Sin embargo, el artefacto narrativo que el autor propone es, casi por completo, distinto, un hecho que tal vez pueda anular el efecto mencionado —y que, a mi manera de ver, vuelve innecesaria la lectura de *Kazbek* si lo que uno busca es solamente gozar de la lectura de *La escalera de Bramante*—. Y no solo por la evidente diferencia en extensión, sino por la naturaleza del texto en sí. Mientras *Kazbek*, a decir del escritor y crítico argentino Oliverio Coelho, puede leerse como un «ensayo púdico sobre las posibilidades del arte»,⁶ *La escalera de Bramante* es mucho más que eso. Por momentos, *Kazbek* luce más como una sobria y lúcida parábola sobre el trayecto inicial del joven artista y las dificultades a las que se enfrenta mientras da unos pequeños pasos iniciales que como un artefacto narrativo pleno de matices; *La escalera de Bramante*, no.

5 Montoya, Pablo, «Bomarzo», *Literariedad*, 26 de abril de 2015.

6 Oliverio Coelho, «Cara y ceca sobre Kazbek», *Blog de Eterna Cadencia*, 8 de julio de 2009.

De alguna forma, la más reciente novela del escritor ecuatoriano pareciera ser la cristalización final de lo que en la trama de *Kazbek*, «libro de pequeño formato», no se alcanza: la llegada del narrador a la gran novela, esa columna largamente gestada del «templo de la ficción».⁷ Una obra que, además de discutir la creación artística se interne por terrenos incluso más sinuosos que *El libro flotante* o *El desterrado*. Obviamente, a mayor extensión, el riesgo para el novelista se torna mayor. A fin de cuentas, ¿cómo mantener la «compulsa legibilidad» en un texto tan largo? ¿Cómo conmover al lector a lo largo de centenares de páginas, en esta época poblada de numerosas distracciones? *La escalera de Bramante* lo ha conseguido, con base en la creación de unas figuras humanas cuyos resortes, en materia de las acciones que despliegan, vamos vislumbrando a medida que el libro, exigente y moroso, se deja leer.

Bastan unas pocas páginas —quizá el primer encuentro del lector con Álvaro y Raúl— para comprender que estamos frente a una obra que sobrepasa el ensayismo narrativo y se abre a la creación de personajes. Lejos de limitarse a las discusiones sobre arte, como ocurre con *Kazbek*, en esta ocasión, Valencia se inclina por incorporar el drama humano y los temas universalmente más recurrentes de éste: amistad, amor, vida, muerte y las huellas inevitables del paso del tiempo.

El foco se centra en tres personajes bien dibujados: Landor, el pintor comprometido con un arte de lenta maduración; Álvaro, el artista errante que, quizá por un pesimismo inhibitorio, o por esa eterna prolongación de la espera anterior a la creación artística hasta obtener el acopio necesario de destrezas o materiales culturales, o por una total esterilidad creativa, pospone perennemente la elaboración de una obra que jamás llegará a realizar; y Raulito, prototipo del artista ingenuo que, sin sumergirse demasiado en las regularidades y excepciones que comprende el estudio, la elaboración y la aplicación de una poética, logra divisar un camino inesperado. Tres personajes diversos, tres personajes bien diferenciados entre sí, tres personajes que vencen el mero interés por la trama y son cubiertos por el novelista con toda clase de rasgos y vivencias que van construyendo su devenir. El asunto es claro. Al final de la novela seremos capaces de decir que conocimos a cada uno de estos tres personajes principales a profundidad, de una manera redonda y abarcadora. No podemos olvidarnos de Laura, cuyos monólogos revelan, lentamente, una trama inquietante que no sospechábamos. Y tampoco de Magdalena, Strudel, Biscay, Dora Lerner o Elianita, figuras entrañables y misteriosas que nos recuerdan que, en una novela lograda, siempre hay algo que está flotando silenciosamente bajo la superficie más evidente.

Ello es posible gracias al arsenal de técnicas literarias que Valencia emplea con sabiduría y con un ánimo renovado en su proyecto. Después de todo, el personaje frágil, aunque iluminado en breves momentos y marcado por un destino trágico, no es nuevo en su producción narrativa. Ya lo vimos en «Intimidad», cuento de *La luna nómada*, así como en *El libro flotante*, donde Pepe Estrada aparece como el

7 Leonardo Valencia, *Kazbek*, Quito, Luna de Bolsillo, 2008, p. 43.

perfecto representante de esta frustrada estirpe. Pero aquí, el trazado de aquel personaje prototípico en su obra es elaborado minuciosamente a través de un diálogo soberbio que funge como centro de la novela, una suerte de apoyo narrativo para el pasado, presente y futuro. Esa conversación entre Raúl y Álvaro hace las veces de andamio del libro. Como ya lo notó el crítico ecuatoriano Wilfrido Corral, la referencia más clara es *Conversación en la catedral*,⁸ cuyo esqueleto lo constituyen esas conversaciones que, si bien suceden en distintos tiempos y espacios, se entrecruzan en pocas líneas.

En palabras de Julio Cortázar, estos llamados «diálogos telescópicos» permiten ahorrar al lector una gran cantidad de «ideas y situaciones intermedias» y tocar lo «esencial de lo narrativo»,⁹ y aquí están empleados magistralmente, aunque incorporados más bien a la prosa del discurso narrativo, sin los guiones tradicionales que, en este caso, pertenecen más bien a la narración del pasado. Un buen ejemplo de esto es el siguiente: «Y allí fue cuando reaccionaste, Nato, te casaste con Elianita y te fuiste a París. Eso mismo, Raulito, ¿ves que sí te acuerdas?».¹⁰ Es un diálogo de tono coloquial —en el que, no obstante, se infiltran los tics del estilo de Valencia en la boca de Álvaro— que conecta las múltiples tramas de la historia y, además, teje una visión poliédrica de la vida de Raúl, acaso el personaje más interesante del libro, dada su malograda, pero centelleante existencia.

Empero, la vida de Álvaro, si bien menos apasionante en el plano trágico que la de su amigo, no es una simple nota al pie de la de este último. Se revela, en toda su riqueza, como un lento transitar hacia la frustración y la esterilidad artística. Italo Svevo señaló, en alguna parte de *La conciencia de Zeno*, que creernos poseedores de una grandeza soterrada no es algo positivo.¹¹ Ello puede aplicarse a la vida de Álvaro. Vive una juventud rica en descubrimientos, pero carente de centro rector en el plano artístico. Siempre dilata la creación de una obra cuya ejecución jamás llevará a cabo. Su ineluctable final parece ser el fracaso. No obstante, el autor acabará por ser benévolo con su criatura. A pesar de su gris —casi nula, más bien— carrera artística, muy alejada del tono pasional del rojo con el que pretende elaborar sus monocromías, y en medio de una atmósfera de nostalgia y pérdidas, Álvaro acabará parcialmente redimido. Por amor.

El último personaje para destacar, como parte de las figuras centrales de la novela, es el pintor alemán Landor. Como en *Doktor Faustus* —libro que, dicho sea de paso, es leído y comentado políticamente por los personajes de la novela—, donde Thomas Mann crea la figura de Adrian Leverkühn, o como en *Pálido fuego*, donde

8 Wilfrido Corral, «Modos de leer/ver La Escalera de Bramante», *Plan V*, 26 de febrero de 2020.

9 Julio Cortázar, *Cartas, 1964-1965*, Buenos Aires, Alfaguara, 2000, p. 925.

10 Leonardo Valencia, *La escalera de Bramante*, Bogotá, Seix Barral, 2019, p. 251.

11 Italo Svevo, «La conciencia de Zeno», en *Maestros de la literatura universal: Italia*, Bogotá, Oveja Negra, 1984, p. 62.

Nabokov da vida a John Shade; Valencia incursiona en la creación del artista ficticio, aquel que habita un universo narrativo construido con una combinación de figuras reales o inventadas. Así, Landor es casi un contemporáneo del vanguardista Yves Klein, si bien la obra del pintor ficticio es diametralmente opuesta a la del trasunto ficticio del artista francés. Pero usar figuras históricas no es suficiente para Valencia. De la misma forma que Mann y, en especial, Nabokov, el novelista guayaquileño sostiene la creación de su pintor ficticio con toda una serie de materiales críticos inventados, incluido un complejo ensayo que pasa revista a las creaciones de Landor desde los distintos instrumentales críticos disponibles. Y todo sostenido por una prosa lúcida y elegante que da medida de la habilidad del escritor como crítico y ensayista, además de su considerable erudición. Un punto que es necesario enfatizar, precisamente, es el del lenguaje empleado.

En la misma línea de las creaciones anteriores de Valencia, tenemos al lenguaje como herramienta fuerte. Somos capaces de paladear una lengua narrativa que pertenece a un autor en su madurez, alguien que hace rato se ha convertido en amo y señor de todos sus recursos narrativos y estilísticos, y que, con el paso de los años, ha sabido cribar las marcas de su escritura, en favor de un tono más pulido que revela un mayor dominio del oficio. Ya no estamos frente a las frases de una palabra que, por momentos, daban un tono demasiado vertiginoso a la lectura de *El síndrome de Falcón* o *El libro flotante*. Ahora, la escritura es ceñida y clara, como si se buscara que el atractivo del texto residiera más en el poder de una prosa meditada y una estructura narrativa compleja que en el impacto abrupto de una frase minimalista.

Hablar de la estructura narrativa es, así mismo, clave, por el paso adelante que da el autor en *La escalera de Bramante*. Si en *El desterrado*, Valencia pergeñó una bella pintura de época, una novela de lento, puntilloso y tradicional andar, y en *El libro flotante* dio paso a un lenguaje de corte personal, más cercano al de sus ensayos y apoyado en un andamiaje astuto que gradúa la entrega de las pistas necesarias para que el lector resuelva la clave del libro, con su compleja armazón, *La escalera de Bramante* escapa de los rasgos más evidentes de las novelas anteriores. No es una pintura de época, por más que una parte de la acción se detenga en los graves sucesos de la Segunda Guerra mundial y las consecuencias psicológicas que éstos provocaron en el camino vital de los personajes; tampoco, un artefacto de raigambre tan experimental como *El libro flotante* o *Kazbek*. Esta vez, Valencia renuncia a toda clase de novedad —¿es necesario que una obra traiga novedades técnicas evidentes para disfrutarla?— o pintura histórica, y, en lugar de ello, nos presenta una complejísima estructura narrativa que funde varios planos de la realidad en una trama única. Y lo hace a través de un conjunto de vidas paralelas que, pese a estar separadas por la diferencia temporal entre sus respectivas fechas de inicio, se entrecruzan en capítulos clave. Gracias a ello, tres planos básicos muy disímiles —la lenta, pero romántica vida de Landor, las vidas mucho menos sustanciales de Raúl y Álvaro y una trama de *suspense* protagonizada por guerrilleros e inspirada en *Las troyanas*, de Eurípides— confluyen en

una única narración. Confieso mi debilidad por las dos primeras historias que, me parece, incorporan todo el potencial humano y la cuidada elaboración de personajes que una buena novela de este tipo suele tener. Aunque la segunda trama no es desdeñable, con un enfoque político que hace recordar al *Mountolive* de Lawrence Durrell, y el uso interesante del monólogo y de la narrativa epistolar, algo novedoso dentro de la narrativa de Valencia.

Para concluir, debo hacer dos observaciones que me interesan. La primera pertenece a un orden muy subjetivo. La lectura de novelas incluye, en algunas oportunidades, una fijación por aspectos marginales de los textos que visitamos. A veces somos los únicos que se percatan de algunos detalles que, para otros, incluido el propio autor, pasan inadvertidos. En *La escalera de Bramante* he creído ver una pequeña simetría que luego deviene en una metáfora de lo que ocurre con los personajes. Me refero al primer capítulo de la cuarta parte de la novela, titulada «Alquimia de la errancia». En él conocemos, a través de Álvaro, una posible interpretación al cuadro «Requiem para Sidney Bechet», de Araceli Gilbert. Leemos: «Esa línea roja parecía la última nota sobre el pozo de sangre de la muerte de Bechet».¹² En el siguiente capítulo, mientras espera inútilmente la llegada de su amigo Dieter, en una estación de trenes parisina, Kurt Landor se topa con un cuadro que representa los momentos previos a la partida del tren. Como ocurre con la pintura de Araceli Gilbert, la descripción viene acompañada de la interpretación: «El cuadro avanzaba de lo sólido, la columna, al cuerpo humano y luego se convertía en el vacío del intersticio. Señal trágica, pensó (Landor). No llegan, parten. Van hacia la disolución y el vacío».¹³ Diferentes en los matices, pero iguales en lo esencial, las dos interpretaciones se dirigen a la decadencia que precede a término de todo. Pero el asunto va más allá. Leyendo a ambas es imposible no pensar en la carrera de Álvaro, la memoria de Raúl y el museo dedicado a Landor, tres hechos condenados al declive y al fin ineluctable. ¿Casualidad? No lo sabremos. Pero si lo fuera, una vez más, el arte probaría estar repleto de sorpresas.

La última observación es de índole más general. Alguna vez, Borges señaló que, pese a su notable habilidad como estilista, a Quevedo le faltó acuñar un símbolo en que se cifre su producción artística. Parece que, con *La escalera de Bramante*, la proeza arquitectónica que da título al libro, Valencia ha intentado dejar su impronta. Al fin y al cabo, es un símbolo perfecto para unir el cosmopolitismo con la tradición ecuatoriana, así como el pasado, presente y el futuro que se tocan entre sí constantemente en la novela, y que esta frase bien podría resumir: «Pero ese pasado lo esculpen nuestros deseos para el futuro. Y lo esculpen hoy. Así de paradójico».¹⁴ El tiem-

12 Leonardo Valencia, *La escalera de Bramante*, op. cit., p. 249.

13 *Ibid.*, pp. 255-256.

14 *Ibid.*, p. 511.

po hablará sobre la pertinencia de dicho intento. Por el momento, yo lo considero muy apropiado. Encaja a la perfección con la naturaleza trashumante de la novela y con su armazón narrativa, y nos brinda una de las más bellas escenas de ésta, en compañía del misterioso Kazbek. Una serie de páginas que resumen a la perfección lo que, por encima de sus naturalezas contrapuestas, une a Álvaro y Raúl. Como en el *Quijote*, como en *Moby Dick*, la ficción respira, una vez más y sin dificultad, en el aire amable, abundante, nutritivo, conmovedor, de la amistad.

Referencias

- Coelho, Oliveira, «Cara y ceca sobre *Kazbek*», en blog de *Eterna Cadencia*, 8 de julio de 2009. Consultado en <https://www.etercadencia.com.ar/blog/editorial/eterna-cadencia-editora-en-la-prensa/item/cara-y-ceca-sobre-kazbek.html>
- Corral, Wilfrido, «Modos de leer/ver ‘*La Escalera de Bramante*’», en *Plan V*, 26 de febrero de 2020. Consultado en <https://www.planv.com.ec/ideas/ideas/modos-leerver-la-escalera-bramante>
- Cortázar, Julio, *Cartas, 1964-1965*, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.
- Domínguez Michael, Christopher, «El desterrado, de Leonardo Valencia», en *Letras Libres*, 31 de diciembre del 2000. Consultado en <https://www.letraslibres.com/mexico/libros/el-desterrado-leonardo-valencia>
- El Universo, «Kazbek, la nueva novela del escritor Leonardo Valencia», en *El Universo*, 12 de enero de 2009. Consultado en <https://www.eluniverso.com/2009/01/12/1/1380/4BD9B66A568B46BC83B9B951CF7F103F.html>
- Montoya, Pablo, «Bomarzo», en *Literariedad*, 26 de abril de 2015. Consultado en <https://literariedad.co/2015/04/26/bomarzo/>
- Sábato, Ernesto, *El escritor y sus fantasmas*, Buenos Aires, Seix Barral, 1963. Consultado en https://www.academia.edu/32410853/Ernesto_Sabato_El_escritor_y_sus_fantasmas
- Svevo, Ítalo, «La conciencia de Zeno», en *Maestros de la literatura universal*, Italia/Bogotá, Oveja Negra, 1984.
- Valencia, Leonardo, *La escalera de Bramante*, Bogotá, Seix Barral, 2019.
- Valencia, Leonardo, *El desterrado*, Bogotá, Punto de lectura, 2013.
- Valencia, Leonardo, *Kazbek*, Quito, Luna de Bolsillo, 2008.